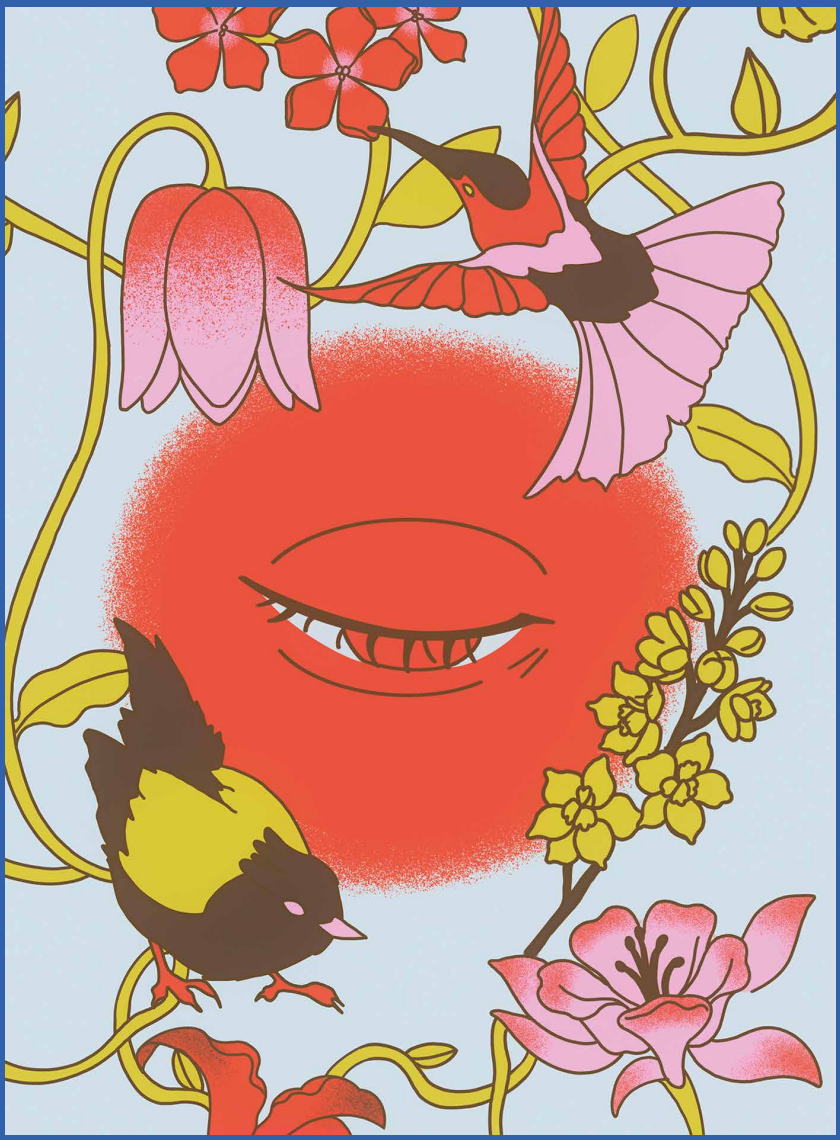
Luminiscencias

Voces más allá del aula | 2026



Luminiscencias

Voces más allá del aula | 2026

Karla Alejandrina Planter Pérez
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

César Antonio Barba Delgadillo
Secretaría General

María Guadalupe Cid Escobedo
Vicerrectoría Adjunta Administrativa

Jaime Federico Andrade Villanueva
Vicerrectoría Adjunta Académica y de Investigación

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

SEMS
Sistema de Educación Media Superior

Carmen Margarita Hernández Ortiz
Dirección General

Araceli Ambriz Ramos
Secretaría Académica

Tadeo Eduardo Hübbe Contreras
Secretaría Administrativa

FEU

Fernanda Citlalli Romero Delgado
Presidencia

Teresa Montserrat Herrera Avelar
Secretaría de Educación y Formación Continua

Luminiscencias : Voces más allá del aula 2026 / Coordinadores Teresa Montserrat Herrera Avelar, Carmen Margarita Hernández Ortiz, José Alberto Galarza Villaseñor ; prólogo Fernanda Citlalli Romero Delgado ; textos Valeria Elizabeth Guzmán Gutiérrez... [et al.]. -- 1a ed. electr. – Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara : Editorial Universidad de Guadalajara, 2026.
94 páginas ; 21 cm.
ISBN 978-607-646-212-6
DOI https://doi.org/10.32870/9786076462126

1. Escritos de estudiantes-México-Jalisco-Antologías. 2. Literatura mexicana-Siglo XXI- Antologías. 3. Jóvenes-México-Actividad intelectual. 4. Cuentos mexicanos-Siglo XXI. 5. Poesía mexicana-Siglo XXI. I. Herrera Avelar, Teresa Montserrat, coordinadora e introducción. II. Hernández Ortiz, Carmen Margarita, coordinadora y presentación. III. Galarza Villaseñor, José Alberto, coordinador. IV. Romero Delgado, Fernanda Citlalli, prólogo V. Guzmán Gutiérrez, Valeria Elizabeth, autora. VI. t. Voces más allá del aula 2026.

860.809 283.L95 CDD23
PQ7276.5 .S78 .L95 LC
DNT Thema 1.7

Jurado del concurso
Dahlia de la Cerda
Paola Llamas Dinero
Rubén Gil
Valeria Venegas Sandoval
Sarahi Ximena Valdivia Flores
Kevin Ramírez Gómez
Ximena Aragón Morales
Mayra Briones Hoch
Saori Scarlet García Palacio
Igui Luz Divina Ramírez Martínez
Ulises Alexander Rábago Guzmán
Pilar Bravo Sandoval

Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Luminiscencias

Voces más allá del aula | 2026



Primera edición electrónica, 2026

D.R. © 2026, Universidad de Guadalajara

Coordinación
Teresa Montserrat Herrera Avelar
Carmen Margarita Hernández Ortiz
José Alberto Galarza Villaseñor

© Presentación
Carmen Margarita Hernández Ortiz

© Prólogo
Fernanda Citlalli Romero Delgado

© Introducción
Teresa Montserrat Herrera Avelar

© Textos
Valeria Elizabeth Guzmán Gutiérrez, Carlota Larios Ravel, Minerva Danae Aguayo Ibarra, José Miguel Castellanos Barajas, José Luis Ramírez Plascencia, Naomi Neftaly Quincosa Durán, Dafne Sarahi Pérez González, Emiliano Villaseñor Rodríguez, Renata Isabel Becerra López, Zarek Galindo Núñez, Neivy Yatziri Rios Varela, Oscar Joel Sánchez Hernández, Isabella Rosemarie Cardenas Gildo, Fernando Emmanuel Cortés Montañez, Dulce María Morones López, Edwin Jared Avalos Rameño, Antonio Alexander Iracheta Fuentes, María Lizbeth Orozco Rojo, Luz Angélica Hernández Hernández, Allison Mayte Jiménez Palafox, Juan Diego Sánchez Silva, Juan Pablo Bautista Gabriel, Samantha Guadalupe Meza Altamirano

© Ilustración en portada
Andrea Cruz Zepeda

EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39,
interior 32-33, Industrial Los Belenes
45150, Zapopan, Jalisco

editorial.udg.mx
publicaciones.udg.mx

ISBN 978-607-646-212-6
DOI: https://doi.org/10.32870/9786076462126

Noviembre de 2026

Coordinación de producción
Paola Vázquez Murillo

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Coordinación de diseño
Iordan Montes

Cuidado de la edición
Fabiola Lizette Plascencia

Diagramación
Karina Hernández Mercado

Edición
Editorial Universidad de Guadalajara,
Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39,
interior 32-33, Industrial Los Belenes,
45150, Zapopan, Jalisco.

Hecho en México/ *Made in Mexico*

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara; por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes. Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos, o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Índice

Presentación 7
Maga Hernández

Prólogo 9
Fernanda Romero

Introducción 11
Teresa Montserrat Herrera Avelar

Del barrio a la escuela 15
Valeria Elizabeth Guzmán Gutiérrez

Raíces 17
Carlota Larios Ravel

2076 20
Minerva Danae Aguayo Ibarra

Metamorfosis de un ser cualquiera 22
José Miguel Castellanos Barajas

Somos espíritu 24
José Luis Ramírez Plascencia

Hemerocallis 26
Naomi Neftaly Quincosa Durán

Existir por inercia 30
Dafne Sarahi Pérez González

El anhelo de un pilar 33
Emiliano Villaseñor Rodríguez

Vodka 37
Renata Isabel Becerra López

De mi mamá yo saqué 38
Zarek Galindo Núñez

El sueño que me reclama 40
Neivy Yatziri Rios Varela

Mi acto más cobarde 44
Oscar Joel Sánchez Hernández

Aquí vamos de nuevo 48
Isabella Rosemarie Cardenas Gildo

Próxima estación 51
Fernando Emmanuel Cortés Montañez

Entre los ecos del ayer 53
Dulce María Morones López

Escribí una carta 55
Edwin Jared Avalos Rameño

Detrás de la pantalla 58
Antonio Alexander Iracheta Fuentes

Ayuda, me ayudaron 63
María Lizbeth Orozco Rojo

El lugar de los sueños 66
Luz Angélica Hernández Hernández

El aula que no existe 71
Allison Mayte Jiménez Palafox

Cinco minutos antes 79
Juan Diego Sánchez Silva

Bitácora de un alumno más 84
Juan Pablo Bautista Gabriel

Cae mar en el fuego 88
Samantha Guadalupe Meza Altamirano

Presentación

El proyecto "Voces más allá del aula", organizado por la Federación Estudiantil Universitaria y respaldado por el Sistema de Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara, consolida en este libro una iniciativa maravillosa: recorrieron prepas y centros universitarios de todo Jalisco para impulsar un espacio donde la comunidad universitaria puede compartir sus experiencias y creaciones literarias con toda libertad.

A lo largo de la historia nos han dicho que la cultura no es accesible para cualquier persona, que debe verse estática en un museo, pagar un boleto para un concierto o leer únicamente lo que algunos pocos consideran es digno. Pero no es así. Iniciativas y espacios como los propiciados en "Voces más allá del aula" demuestran que todas las personas que participan en la expresión creativa de lo que piensan, sienten, sueñan o sufren pueden conformar obras tan vibrantes como esta.

Para ustedes que decidieron romper con sus propios esquemas, miedos e inseguridades, quiero decirles que todos hemos pasado por experiencias parecidas. Reconozco que hablar de ciertos asuntos puede ser incómodo, doloroso o preocupante, pero en el compartir también encontrarán aquello que se disfruta, que nos hace reír y que nos permite transitar la vida de manera más sencilla. Esto es sumamente valioso, muchas felicidades por participar, se necesita ser valiente para contar la historia propia.

Te invito a que leas estas páginas, las disfrutes y las sientas. Si algo resuena en tu interior al hacerlo, recuerda que es justamente esa la misión de la lectura: hacerla tuya. Quizá después seas tú quien habite entre estas letras.

Reitero el agradecimiento a quienes hicieron posible esta gran iniciativa, a quienes realizaron las visitas, la revisión de los textos y su dictaminación. No está de más volver a felicitar a quienes fueron seleccionados para este libro; y para aquellos que quedaron pendientes, no se desanimen: expresar lo que vives, sientes y piensas encontrará su sitio. ¡Nos leemos pronto!

Maga Hernández
Directora del Sistema de Educación Media Superior
de la Universidad de Guadalajara

Prólogo

Hay algo sumamente generoso en la primera palabra de este proyecto: *Voces,* en plural. Todas y todos podemos reconocernos en las palabras de alguien más, y unas páginas después descubrir cuánto ignoramos de la vida de quienes estudian a nuestro lado. Me gusta que "Voces más allá del aula" nos conceda, ya desde su nombre, esa libertad para ser distintos dentro de nuestra comunidad. Nombra una parte de nuestra formación que pocas veces sabemos reconocer mientras ocurre: aquello que nos conmueve, aquello que nos cuesta comprender y las preguntas que siguen con nosotros mucho después de haber dejado la escuela.

Al escribir, algo de esa vida interior adquiere una forma que nos permite compartirla. Lo que hasta entonces solo tenía sentido para quien lo experimenta encuentra en otra persona la posibilidad de ser comprendido desde otra perspectiva.

A nuestras generaciones nos ha tocado crecer en un mundo que frecuentemente nos presiona para seguir adelante, antes de siquiera alcanzar a entender lo que nos pasa. Tal vez algo de su frialdad venga de esa prisa; de tanto dejar para después lo que sentimos, podemos acabar por tratar con la misma impaciencia lo que siente alguien más. Me preocupa lo que perdemos cuando eso ocurre, pero me da esperanza saber que podemos aprender otra manera de estar juntos.

Permitirse sentir y expresar eso que sentimos requiere cierta confianza en una misma y también en los demás.

Necesitamos saber que nuestra palabra será recibida con cuidado, aun cuando todavía estemos buscando cómo pronunciarla. Ahí encuentro el mayor valor de la literatura: entre quien escribe y quien lee hay tiempo. Una voz puede demorarse en lo que le importa y la otra puede acompañarla, volver sobre sus palabras, descubrir en ellas algo que en un primer momento se le había escapado. En un mundo que nos apura, agradezco esa forma de atención.

Desde la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) impulsamos esta antología para que la escritura de quienes forman parte de nuestra Red Universitaria encuentre en los ecos un lugar para habitar. Como estudiante y como presidenta de la FEU, me entusiasma que nuestra comunidad pueda reconocerse en las obras que ella misma crea. La universidad pública también se construye cuando sus estudiantes tienen la libertad de imaginar y la certeza de que aquello que escriben encontrará un bien merecido lugar entre los libros que compartimos.

A las autoras y los autores, gracias por confiarnos estas páginas. A quienes se acercan a ellas, les deseo que encuentren las palabras para reconocer algo que llevan tiempo sintiendo y que se dejen acompañar por estas diversas voces. Quizá ahí yace la fuerza de este proyecto. Una voz llega más allá del aula cuando encuentra a alguien dispuesto a escucharla. Y algo cambia entre nosotros cuando, después de escuchar, volvemos a mirarnos.

Fernanda Romero
Presidenta de la Federación Estudiantil Universitaria

Introducción

El libro que tienes en tus manos es un sueño cumplido, la idea que germinó entre conversaciones entre amigas y la calidez de maestros y compañeros se transformó en una comunidad. Esta obra es el producto final del Concurso Estatal de Cuento y Poesía dirigido a estudiantes de bachillerato y licenciatura de la Red Universitaria de la Universidad de Guadalajara: "Voces más allá del aula". Este proyecto simboliza la valentía de ser vulnerables en un mundo que premia la severidad y castiga la sensibilidad.

A partir de tres ejes temáticos, Realidades, Pertenecer a la Universidad y Mi voz, en este Concurso buscamos reunir la multiplicidad de experiencias en torno a la universidad con una mirada más profunda; porque somos universitarios también fuera del salón de clases, mientras esperamos el transporte, trabajamos medio tiempo en algún comercio o resistimos situaciones importantes de salud mental.

En "Voces más allá del aula" buscamos llevar literatura y la creación literaria a todos los rincones de Jalisco, por eso para la difusión de la convocatoria recorrimos siete zonas regionales del estado además del Área Metropolitana de Guadalajara: visitamos en total cuarenta y tres escuelas preparatorias y doce centros universitarios. Distribuidas en siete semanas completas, estas visitas consistieron en actividades para la promoción de la lectura: instalamos buzones para dar recomendaciones de libros, abrimos clubes de lectura en algunos espacios y por medio de eventos como "La libriza" logramos ob-

sequiar más de siete mil ejemplares de diversos títulos literarios a estudiantes de toda la Red Universitaria.

Durante los encuentros en las escuelas conectamos con cientos de compañeras y compañeros que han encontrado un refugio en los libros, así nos dimos cuenta de la importancia de compartir experiencias. Nuestra meta inicial para la convocatoria era recibir cincuenta postulaciones, pero la respuesta fue tan bien recibida que reunimos más del doble. La magia de este proyecto está en la naturaleza inquieta de las voces que habitan en nuestros pasillos.

Nuestra Universidad es plural, y en esa diversidad de expresiones la lectura nos permite reencontrarnos con el otro. Hoy, después de muchas semanas y miles de mensajes intercambiados, hemos construido una comunidad para ser libres en compañía: una red de jóvenes que no solamente son lectores apasionados, sino también valientes escritores. Agradecemos a la Editorial Universidad de Guadalajara por su contribución al proyecto y su apoyo para permitir que la cultura llegue a cada rincón de nuestra comunidad universitaria.

Este libro es un símbolo de resistencia. Aunque en ocasiones no hay condiciones óptimas para florecer, siempre podemos echar raíces en la esperanza y aferrarnos así a nuestros sueños. La Universidad y la Federación Estudiantil Universitaria han sido esa tierra fértil para echar raíces.

Teresa Montserrat Herrera Avelar
Secretaria de Educación y Formación Continua de la FEU

Luminiscencias

Del barrio a la escuela

del barrio a la escuela
unas ojeras
esconden cansancio y dolor,
en una mochila trato de meter mi vida entera.

Cuando todos duermen
cuando el pecho duele
cuando la ansiedad emerge sin motivo aparente
cuando quiero dejar todo y desplomarme en las vías
En la calle me conocen y los conozco
las calles, las mañas y los nombres,
sé de dónde vengo
y aunque no tenga mucho,
ahí aprendí a resistir.

Llego a un lugar extraño.
Ya no son mis calles
ya no está mi gente,
un juicio de valor se suma a mi carga emocional.

Voy de sol a sol,
me levanto antes que él
y mi jornada laboral me suelta cuando
él ya se ocultó

Rumbo a mi casa
con la esperanza de que todo cambie un día
de que valga la pena
de que dopar mis sentimientos
no sea la mejor opción

Tomo el camión con una mezcla de sentimientos
entre náuseas, rabia y un hormigueo en las manos
aún con el tiempo encima,
la mochila en la espalda como una cruz
los ojos llorosos y los pies punzantes.

Cualquier roce de un cuerpo extraño
termina por desbordarme
y aunque trato de guardarlo
tiemblo, lloro y quisiera desaparecer.

Pero mañana vuelvo a levantarme,
otra vez del barrio a la escuela
con la misma mochila, el mismo cansancio,
cada vez menos esperanza y más miedo al futuro
Porque aunque a veces no pueda más,
sigo caminando y
mientras duermo sigo soñando,
aunque no descanse.

Valeria Elizabeth Guzmán Gutiérrez
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Licenciatura en Comunicación Pública

Raíces

¿Alguna vez seré algo más que las personas de quienes que vengo? A veces imagino que existe un hospital que hace cirugías para personas como yo.

Mientras espero mi turno, mis ojos pasan rápidamente de una persona a otra. Hay una mujer que no tiene cabello en ciertas zonas, al igual que su abuela, pero ninguna de las dos tiene alopecia. Un hombre quiere evitar destrozar los juguetes de su hijo en el momento en el que este comience a llorar, pues pronto él también se convertirá en padre. Además, hay un niño de ojos vidriosos en una esquina, aferrándose al peluche que le dio su madre la última noche que lo arropó. Fijo mi vista en la escena hasta que comienzan a arderme los ojos, yo también los tengo vidriosos. Tal vez algún día pueda imaginar un hospital especial para él, probablemente uno un poco más colorido del que imagino para mí.

Al fin llega mi turno.

Me acuestan sobre una mesa fría y colocan una lámpara enorme encima de mi rostro, el color blanquecino y casi azulado hace que me duela la cabeza. Los médicos revisan mis estudios por más tiempo del que soy conciente, buscando el lugar exacto donde tienen que cortar a mis padres sin que yo pierda demasiada sangre.

Les pregunto si pueden quitarme solo algunas cosas. No todo, solo las partes que han rondado en mi cabeza por más noches de las que puedo recordar: la forma tan rápida en la que ebulle mi sangre mientras en la habitación el aire no se mueve; la manera en la que,

sin avisar, mi mirada se pierde y dejo correr el agua sin mover los platos ya enjuagados; lo que aprendí a no mencionar; la facilidad con la que mi piel se eriza; las cosas que salen de mi boca con la voz de mis padres, aunque me juré no volver a escucharlos nunca.

Los médicos asienten y anotan todo en una hoja, después me hacen más estudios. Radiografías, tomografías, resonancias, encuentran rastros de ellos por todas partes: en la manera en la que aprieto la mandíbula, en la forma en la que cierro las puertas, en mi expresión cuando estoy decepcionada, en mi forma de caminar.

Uno de los médicos señala una imagen y dice "esto viene de tu madre". Otro doctor señala una escena diferente y enfatiza: "y esto de tu padre". Cada vez que hablan siento algo hundirse dentro de mí, porque las imágenes siguen apareciendo, una tras otra, y no parecen terminar nunca.

Antes de la operación me entregan para firmar una hoja de "Posibles efectos secundarios": olvidar el sonido de la voz de tu madre, dejar de reconocer a tu padre en fotografías viejas, perder recuerdos que todavía no sabías que eran importantes, olvidar quién eras antes de la operación. Me quedo mirando el papel durante demasiado tiempo, pero igual lo firmo. Quiero saber si debajo de todo eso hay algo que me pertenezca solamente a mí.

Cuando despierto, siento la presencia del cirujano al pie de mi cama. No dice nada, solo sostiene mis estudios entre sus manos. Parece cansado, como si hubiera pasado horas buscando algo que no se podía encontrar.

"¿Cómo salió la cirugía?" pregunto. Él baja la mirada, luego saca una de las imágenes. Pasa el dedo por el

dibujo y apunta a mi espina dorsal, a mis pulmones, a mi corazón. "Lo encontramos en todas partes", me dice. "¿A ellos?". Él niega con la cabeza y dice "No". Guarda silencio y me asegura: "Te encontramos a ti".

Arrugo el ceño sin pensarlo. No entiendo. El doctor me muestra las imágenes y, por primera vez, las veo realmente. Porque ya no aparecen mis padres por separado, aparecen mezclados con todo lo demás.

La tristeza de mi madre junto a las canciones que escucho con el volumen al máximo, la sensibilidad de mi padre en todas las veces que he amado a otras personas. Sus heridas, sus errores, sus gestos, sus ausencias; todo entrelazado con las cosas que yo misma fui llamando propias. Como raíces debajo de la tierra, imposibles de separar sin arrancar también el árbol.

Comienzo a llorar, porque finalmente comprendí cuál era el problema. Nunca pregunté cómo podía remover a mis padres, en realidad estaba preguntando si todavía existía algo de mí que se pudiera salvar. Y ahora sostengo las imágenes entre mis manos, intentando encontrar el borde donde termina todo lo que heredé y comienzo yo. Pero cuanto más las observo, más difícil se vuelve distinguir la diferencia.

Carlota Larios Ravel
Escuela Preparatoria de Jalisco

2076

El día en que se confirmó la existencia de los extraterrestres se acabó el papel del baño en los supermercados, como la vez de esa pandemia de la que leí en tercer grado. Nadie entendió la relación, pero pasó. Mi papá dijo que los humanos entramos en pánico por tradición. Los extraterrestres en realidad no tenían intenciones de visitar de nuevo la tierra, solo que no tenían combustible y aprovecharon para comprar un poco de bloqueador solar.

El martes pasado les preguntaron en una entrevista cómo se veían dentro de cincuenta años, y su respuesta fue que si se quedaban en la tierra estaban destinados a morir. "En realidad somos viajeros, no sabemos qué nos depara el destino y mucho menos el tiempo. La tierra es hermosa, uno quisiera quedarse aquí para siempre".

Vi esa entrevista desde la pantalla flotante en mi cuarto mientras hacia mi tarea de cuántica. En los comentarios se discutía si los extraterrestres eran peligrosos o si pagarían impuestos, pero nadie se preguntaba cómo se sentían de estar varados tan lejos de casa. Era tan novedoso el tema que los medios de comunicación mostraban más y más información de estos seres, mientras las situaciones importantes ni siquiera se discutían: ni las hambrunas, ni las sequías, ni la crisis del sindicato de androides o el descontrol de los robots rebeldes en las calles.

Se corrió el chisme neural de que los extraterrestres ya habían tenido contacto con la tierra: asistieron a eventos religiosos-reptilianos, hace años se asociaron

con Jaime Maussan para lucrar con el morbo de la gente. También decían que su primera visita fue en los tiempos de Cristo, que fueron grandes amigos e incluso lo enseñaron a caminar sobre el agua. Se corrió el chisme como siempre lo hacen los chismes neurales: literalmente a la velocidad de la luz. Supongo que así funciona el mundo, cosas enormes pasan mientras los humanos seguimos preocupados con lo mismo de siempre.

Lo anoto en este metablock, por si en otros cincuenta años alguien vuelve a entrar en pánico… y otra vez se acaba el papel de baño. Ah, y si lo alcanzan a leer en papel es porque por fin los viajes en el tiempo están a precios accesibles.

Minerva Danae Aguayo Ibarra
Escuela Preparatoria de Tonalá
"Dra. Ruth Padilla Muñoz"

Metamorfosis de un ser cualquiera

Me desperté sintiendo la claustrofobia de mi existencia. Mi cuerpo limitaba mi mente a los paradigmas sociales que más me convenían para seguir andando con simpleza y comodidad. Así entendí que necesitaba ser más, debía evolucionar.

Al abrir los ojos para ver qué hay fuera de mi ser que me sirva para transformarme, descubrí que del otro lado de mi puerta habitaba una tal Guadalajara. Con presteza me vestí y salí a recorrerla, a empaparme de ella, a respirarla, a sentir sus palpitaciones en mi cuerpo, a saborear su diversidad en mi criterio, a beberme sus leyes y embriagarme con su rara mezcla de justicia y jurisprudencia.

Y tan solo un minuto después de terminar de comerme sus choques culturales, vomité una extraña mezcla de tolerancia y violencia que, tomadas de la mano, caminaron insultando a perros y gatos por igual; pues la genética de estas procedía de mi humanidad y las predisponía a mirar siempre hacia abajo, nunca hacia arriba, nunca hacia el mundo de las aves, que a los ojos de aquellas que insultan indiscriminadamente, vuelan por encima de su clase social, fuera de sus límites; aves que comparten la misma condición de animales que los perros y gatos, ellas que ascendieron para volar entre nubes y contaminación auspiciada por la ignorancia que secretan los humanos por cada poro de su ser, por los

prejuicios que orinan en las esquinas después de beberse las normas sociales de esta ciudad.

Ellas, las aves, tampoco son distintas de aquellos a quienes menosprecian; también son vistas desde arriba por las estrellas que gozan del privilegio de existir en el espacio vacío irónicamente habitado por otras de su tipo. Aunque perros y gatos no lo entiendan, yo, un ser que está en proceso de transformarse, de evolucionar, vi la diferencia más grande que existe entre aves pretendiendo ser estrellas y estrellas burlándose de las aves: si un pájaro baja a la ciudad no faltará el perro o gato que lo devore, mientras que si una estrella descendiera, nos abrazaría con su cariño y nos extinguiría con su fastuosa magnificencia.

Entonces encontré un sitio en esta ciudad, un *todo* dentro de una parte, un lugar de puertas que llevan a caminos que se conectan entre sí para llegar a comprender a los seres ínfimos de la creación, minúsculos ante la enormidad del universo; un lugar que se denomina Universidad, universal, uni…verso…

Con un solo vistazo comprendí lo minúsculo que soy, y lo grandioso que podría llegar a ser.

José Miguel Castellanos Barajas
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Abogado semiescolarizado

Somos espíritu

Somos espíritu, almas libres que divagan en los pasillos
cuerpos hechos para explorar los senderos del
[conocimiento,
seres destinados a la verdad.
Somos vida que trasciende lo invisible
mostrándonos con libertad hacia lo desconocido
que penetra en lo más profundo de nosotros mismos.

Somos espíritu en proceso,
divagamos para encontrar aquello a lo que
estamos destinados a ser
Aquello que somos
y seremos.

Somos creaciones
hechas de rebeldía, hechas de la
misma carne que nuestros padres
y con la historia de nuestros abuelos.

Libres aves en busca de alimento
somos
somos
memorias y sueños
que nacen de vivir sin miedo.
Espíritus del progreso y del futuro.
Somos
fuego que alimenta cada paso hacia el mañana.

¿Qué significa para nosotros
el pertenecer a este lugar?
Sacrificio.
Esfuerzo.
Promesa.
Por un mañana tan brillante como el sol
cada vez que se alza
sobre los largos valles.
Significa lágrimas derramadas
sobre la tierra que nos vio nacer,
la misma que nos sostiene cada día.

Somos espíritu.
Somos fragilidad y lucha.
Somos estudiantes
personas
somos hijos y hermanos que luchamos
para hacer del mundo el lugar donde los sueños
se viven en vigilia.
Conciencia viva, dulce rocío que nutre los campos.
Somos aquel espíritu que nació para construir
los cimientos del mañana.

José Luis Ramírez Plascencia
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Licenciatura en Filosofía

Hemerocallis

¿Qué costo estarías dispuesto a pagar por alzar la voz?

La brisa mañanera entraba por la ventanilla del auto. Desde el asiento de atrás, Nichim dejaba que se adentrara en lo más profundo de su ser, como si se tratase de una segunda piel. Su cabello se pegaba a su rostro y su piel se erizaba ante el contacto de la brisa, pero ella no se inmutó; la sensación le demostraba de una manera inexplicable la simpleza de su existencia.

Llevaban ya un día y medio de viaje, habían tomado una parada para dormir. Dentro del auto el ambiente cambiaba cuando Nichim sonreía, en su interior una calidez la invadía ante el pensamiento de poder realizar uno de sus mayores sueños. Su tía Mariya, concentrada en el camino, no dio cuenta de tal sonrisa, pero sí sentía un alivio incomprensible que no imaginó se convertiría en un profundo dolor dentro de unos días.

Al llegar a su destino, Nichim sacó sus maletas y, nerviosa pero con valor, se animó a abrir la puerta. Al entrar a su pequeño hogar, Mariya respiraba con nostalgia pasajera, como quien no ha estado en casa por una noche; y un ligero pero significativo sentimiento de paz se apoderó de su cuerpo. Mariya le mostró toda la casa a Nichim y la llevó a su sencilla pero acogedora habitación. Con tan solo dieciocho años, Nichim veía más allá de aquella habitación; en lo más profundo de su alma ese espacio era un pequeño paso a su destino, al mundo; aparentemente inexplicable, pero con sentido ante sus ojos.

En la mañana, un correo dirigido a Nichim, que guardaba la información más importante de su vida soñada, apareció en la bandeja de entrada. Este correo decidiría su destino: ir a la universidad que anhelaba o, de lo contrario, dedicarse a lo que se esperaba de una mujer; casarse con el hombre que sus padres eligieron para ella y ser ama de casa en los Altos de Chiapas, de donde era su comunidad. Abrió el correo con manos temblorosas y un miedo creciente se colaba hasta lo más profundo de sus entrañas. Su tía apoyaba una mano en su hombro, demostrándole apoyo mientras le sonreía con dulzura; aunque ella también tenía miedo de que su querida sobrina terminara con una vida que no deseaba. La tensión crecía pero al abrir el correo cesó: "admitida". Ambas mujeres lloraron de la felicidad y se abrazaron.

Al pasar los días la universidad se volvía compleja, pero Nichim no se molestaba en lo más mínimo. Tenía momentos de tensión en que sentía un gran estrés, pero jamás abandonaría tal sentimiento por el de una vida sin aspiraciones. Avanzaba el tiempo y la rutina era desgastante aunque soportable, hasta aquel domingo en la mañana.

Mientras tomaban café, una llamada inusual llegó: Katal, una mujer de la comunidad tzotzil a la que Nichim pertenecía, llamó asustada diciendo que Luxa, la madre de Nichim, había sido asesinada de una forma brutal; la habían encontrado dentro de su casa junto a Matal, hermana de Nichim de tan solo siete años, también asesinada brutalmente. Según lo que escucharon la noche anterior, unos hombres allanaron su casa y fueron responsables de los asesinatos y de la desaparición de su

padre Petul. Aquella trágica noticia dejó a Mariya con las piernas temblorosas, y a Nichim con el alma destrozada.

La noticia jamás se dio a conocer. Se les dio sepultura a Luxa y Matal, mientras que el gobierno no quería apoyar la investigación del caso. Nichim sentía una tristeza profunda al ser rechazada cada vez que pedía apoyo al gobierno, mientras ellos tenían su familia completa.

Tras un par de meses, Nichim decidió unirse a un grupo de jóvenes en Guadalajara que apoyaban a las madres que buscaban a sus hijos en fosas clandestinas. Estos jóvenes se metían en "problemas" constantemente, o así les llamaban las personas en el poder a quienes se levantaban ante las injusticias.

El grupo Cuervos en rebelión se había vuelto el refugio de Nichim, además de su universidad, en la cual destacaba por sus fervientes ensayos de crítica social hacia las personas en el poder. Sus trabajos terminaron por darle el puesto de presidenta de consejo, una gran responsabilidad para alzar la voz que Nichim no desaprovecharía. "¿Por qué callarnos cuando se nos dio una voz fuerte?", era la gran pregunta que se hacía cada día.

Mientras tanto, Mariya cargaba con el dolor de una sobrina y cuñada muertas, sumado al de la desaparición de su hermano. Decía luchar de manera espiritual a través de la oración constante, aunque en realidad uno de sus deseos más profundos era acabar con las personas que destrozaron su vida con la misma tranquilidad con la que destrozaron la suya.

Nichim tenía múltiples dificultades al ser una activista de múltiples causas: luchaba todos los días por justicia para su familia y para todas esas personas que,

al igual que ella, habían perdido a su familia, habían sido lastimadas o a las que el gobierno había invisibilizado.

Después de una de las múltiples marchas a las que asistió, Nichim no logró volver a casa. Nadie sabe dónde está. Alzar la voz y motivar un movimiento le costó la vida, y como a muchos otros mexicanos simplemente no se le volvió a ver. Saldrás a la calle y verás su rostro junto al de múltiples personas que no regresaron a casa, porque no importa quién seas o qué hagas, en este país te silencian con la ausencia.

Al final Nichim fue una pequeña flor hemerocallis, tan bella para ser arrebatada de la vida siendo tan joven.

Naomi Neftaly Quincosa Durán
Escuela Preparatoria de Jalisco

Existir por inercia

Voy en el camión, mirando la calle desolada,
mientras dentro viajan cientos de almas amontonadas.
Afuera, el mundo parece dormido sin razón;
adentro, cada vida esconde una preocupación.
La adrenalina viaja por mi consciencia,
mi mano aprieta un celular falaz.
Rezo un rosario para escapar de la violencia,
buscando en mi taraxis un poco de paz.

En la entrada venden drogas, como quien vende una
[salida,
y en la esquina unos chicos beben anestesia para la vida.
Esperan que el alcohol les apague el pensamiento,
que el etanol calme el ruido que les susurra desde dentro.
Sus neuronas están tan saturadas de estímulos y dolor
que intentan encontrar el silencio que no encuentran
[alrededor.

Nadie ve el peso detrás de mis ojos
ni aquello que intento abandonar en la puerta.
Hay días que avanzo con pasos inciertos,
mientras mi cuerpo se mantiene alerta.
Llego al aula con el insomnio de anoche,
con el cansancio preguntándome por qué,
cargando en los hombros el peso del reproche
y en mi mochila dudas sobre quién seré.
Cruzo el pasillo riendo con amigas,
mientras mis espectros me dejan descansar.

A veces el ruido parece una salida,
una forma para dejar de sobrepensar.

Me siento segura entre estas cuatro paredes,
aunque en clase mi mente se pierde.
Finjo entender mientras el pecho me duele
detengo las lágrimas, lo que mi corazón no puede,
escondo de mi psique los malos pensamientos,
retengo el desborde que revela lo que siento.
Pero suena el timbre y vuelvo a respirar,
como si por unos minutos pudiera descansar.
Guardo mis pensamientos en un rincón de la mente,
mi cerebro espera que lleguen las endorfinas
para evocar un sonreír y parecer diferente.

Salgo del aula con el ruido de siempre,
con miles de voces cruzándome de frente.
Camino entre las personas sin saber qué decir,
mientras una parte de mí solo quiere huir.
Pienso en las personas que vi durante el día,
en quienes esconden su dolor detrás de una sonrisa
en los que beben para dejar de pensar
en los que se drogan para poder escapar.

Quizá todos buscamos la misma salida,
un instante de calma en medio de la vida
un lugar donde el miedo nos deje respirar,
donde no sea necesario fingir ni aparentar.
Porque nadie sabe cuánto pesa una mirada,
ni cuántas veces una eudemonía fue ensayada.
Quizá la paz que busco no sea más que una quimera,

un sueño que persigo, aunque nunca me espera.
Una ilusión escondida detrás de cada mirada,
una promesa de calma que parece abandonada.

Porque estudiar no es aprender a obedecer,
sino preguntarnos quién queremos llegar a ser.
Si vivir es elegir, todavía puedo hacerlo,
aunque el mundo haya trazado un camino que no quiero
[recorrer.
Y aunque mañana vuelva el ruido a mi cabeza,
aunque vuelvan el cansancio, la duda y la tristeza,
seguiré llegando al aula, volveré a sonreír,
no porque todo esté bien, sino porque quiero seguir.
Quizá algún día, entre tantas vidas amontonadas,
entre calles desiertas y noches desveladas,
encuentre finalmente aquello que busqué:
no escapar de mi vida, sino aprender a vivir con ella.

Dafne Sarahi Pérez González
Escuela Vocacional

El anhelo de un pilar

Yo, yo y los otros
Me veo y todos los demás se estremecen:
estoy allí, parado,
abrillantado
como un hombre solitario.
De entre ellos,
una sola mano en mi hombro;
        es la mía
se desvanece de vergüenza.
Ahí, el tiempo no existe:
se resuelve afuera,
en el recuerdo.

Me recuerdo al fin mirando,
y aquella mirada
revolcándome los ojos.
Esos rostros que vi,
entre tantas vueltas,
mirándome
espantados
de mis ojos revolcados;
        cómo evitar mirarlos
si vi a mi yo parado:
estoy allí,

viéndome mirar hacia ningún lado.

Cuando me veo,

yo tambaleo,
y si me recuerdo
me avisto de nuevo,
tambaleando
me veo,
y

avistándome de nuevo,
otra vez yo tambaleo
al verme,
ya no me reconozco:
si volteo hacia mí
y me avisto de nuevo,
tambaleo…

¿soy así,
o siempre me avisto de nuevo?

¿Por qué yo tambaleo,
cada vez que yo
me veo?

El anhelo de un pilar

Tengo huesos: me conforman y permanecen,
aun cuando no los sienta en mí.

Quedé erguido al viento por un hombre solitario.
Ahora solo me deambula el tiempo:
se lleva mis ensueños de lejanía,
el destello del presente,

y el recuerdo que tuve, alguna vez,
de un bello amanecer.
Quedé cargando lo que es poco mío,
inmovilizado en una función

que no sé por qué es de mí.

Ayer vinieron siete niños,
rieron y acariciaron mi soledad:
tomándose de las manos y rodeándome en círculos,
saltaban
y alumbraban, con su canto,
cada parte de mi sombra olvidada;
llenándome de vida.

Pero una vez pasada la risa
se quedaron esperando un canto de regreso

me quedé inmóvil,
observándolos.
Se marcharon callados y sin despedirse,

y volvieron a reír
un poco más allá:
allá,
rumbo a su dulce hogar.

Solo espero que haya algo más en mí
de lo que me es común (viento, sol y lluvia),

que al visitarme el día

alguna vez
me incite a dejar de sostenerme:
a sacudirme el musgo,
a distender mi rigidez,
a despabilar mi raído color
y correr hacia el destino

para morir en la aventura del yo que aún me espera.

Solo espero algo más de esta vida que cargo en mí.

Emiliano Villaseñor Rodríguez
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Licenciatura en Filosofía

Vodka

Sin razón para seguir soportando esto. Cada vez está más cerca el fondo y yo sigo aquí. "Tocar fondo" no es lo mío, siempre hay otro, en otro igual, de la misma fuerza y con el mismo final. Mismo todo, misma yo.

Vacié lo que quedaba en mí y prendí un cigarrillo. Estoy harta.

El pequeño incendio no se limitó a mi tabaco.

Renata Isabel Becerra López
Escuela Preparatoria de Jalisco

De mi mamá yo saqué

los ojos
saqué el ceño,
la boca, los labios.
El pelo de mi madre, aunque
ella sea más lacia.
De ella saqué la cara,
los huesos, el cuerpo,
cada gota de feminidad en mí,
cada manierismo que tengo,
la voz y el gesto.

De mi mamá saqué los dientes,
las pestañas, las cejas,
de mi mamá saque el enojo,
saqué la risa,
la poca que quedaba.
Mi mamá me dio locura,
mi mamá me dio todo
lo que me tortura
por las noches en mi cama.

De mi mamá saqué la mirada,
el tormento que me observa
cuando me paro frente a espejos,
con sus ojos que son míos,
con su pelo que es robado,
con la cara de un monstruo,
que también es de mi madre,

que también es mía,
que ya no es de nadie.

De mi mamá no saqué nada.

Zarek Galindo Núñez
Escuela Preparatoria de Jalisco

El sueño que me reclama

Aquí estoy,
parada en el frío que no cesa,
donde mi tristeza no cabe.
Siento que añoro algo,
un deseo insaciable de gloria.
Las horas caen de mis manos
como plumas sobre el suelo,
y los días, con ojos entreabiertos,
parecen no saber cuándo terminará este invierno.

Aquello que una vez llamé *sueño*
ahora camina conmigo,
llevando espinas incrustadas en mi costado
que trazan un rastro de sangre en el camino.
Voy dejando pequeñas cosas a la deriva,
una tarde que no volverá,
el silencio de un desesperado final,
la voz de los míos
que intentan conversar con mi soledad.
Dejé pedazos de mí
que nadie ha visto caer.

Me convertí en el siervo de mi propio sueño,
aquel que vuela sin un sentido propio
lleno de incertidumbre,
con un corazón que huye de sí mismo.
Las horas incesantes derrumban lo que soy,
aquel sueño que me habitó,

crece debajo de mis entrañas
rompiendo mis huesos en mi interior
con cada paso que doy para escapar.

Por las noches abrazo mi almohada
como si ahí durmiera mi paz,
pero el siervo de mi sueño despierta
antes que yo,
vuela en círculos
por mis pensamientos interminables.
No me deja dormir.
No me deja olvidar.
No me deja vivir.

Quiero estar sola
en este ruido incesante
frente a mi dolor,
donde no alcancé mi languidez.
Sola, frente al espejo
bajo la oscuridad
que atormenta mis noches,
sola y triste,
lejos de todo.

Mi cansancio es evidente,
se ha quedado en mis ojos,
en mi espalda vencida,
en mi respiración que ya no alcanza
para sostenerme.

Ya no corro,

me arrastro con la elegancia triste
de quien todavía recuerda
cómo era sentirse completamente libre.

Mi alma me habla en la oscuridad,
con lágrimas cansadas
y alas que pesan.
Les he pedido tantas veces que vuelen
cuando apenas puedo mantenerme en tierra.
Antes era tanto,
pero ahora me he desvanecido,
convirtiéndome en casi nada,
solo soy los restos de lo que solía ser.
Qué ironía,
quería convertirme en aquello que soñaba,
y terminé siendo alimento
de mi propio sueño.

Soy el siervo que no responde.
Inclina la cabeza
observando una realidad
que parece conocer todos mis inviernos.
Y cuando llega la mañana,
cuando el cielo abandona lentamente la oscuridad,
vuelvo a levantarme.
No porque sepa qué vendrá
no porque el miedo haya desaparecido,
sino porque, desde algún rincón de mi sueño
sigo arrodillada entre las ruinas,
sosteniendo aquello que alguna vez
llamé futuro,

como quien protege las cenizas de algo que amó,
cuestionando aquello por lo que un día
se dio todo
y me recuerda, en silencio
que todavía está aquí
aunque ya no sé cómo volver a él.

Neivy Yatziri Rios Varela
Centro Universitario de los Lagos
Licenciatura en Humanidades

Mi acto más cobarde

fue levantarme

el precio que pagué

a las horas maté
al perro lo maté
a mi voz la maté
a mis amigos dedico
canarios que ya no
cantan

cartas que no envíe

balas a mi consciencia
cada una
más cobarde
más ansiosa

luego me obligaron
a pararme
a hablar
y la razón
y la razón
y la razón

luego escucho, abajo de mis pies
abajo
las personas son reemplazables

sigue la línea

muerde la línea

luego mis orejas agarran fe
hablan por mí

si mi arma es la
verdad

si la venganza es piedad
entonces venganza hacia mí

entonces acostarme
a matar canarios que cantan
es mi escudo a la venganza

agarra el coraje

suicidio colectivo

qué cobarde es estar
aquí

entonces la verdad
es mi enemigo

si levantarme es
dosificar el tiempo
a medida del ocio

y la razón
y la razón
me enternece

me duele hablar
me duele hablar
me duele levantarme

hablan por mí
hablan por mí
y no puedo

aquel amor a levantarme
aquel pedazo de amargura
donde asiento mi comodidad

aquel arma que
uso contra el miedo

al ocio que me
rescata

al precio que le
pongo a vivir

al gasto de vivir

al gasto para ociar

y el ocio para no morir llorando
les dedico mis lágrimas

—pero no
lagrimeo; no sé

vuelve y me quema los pies, arden las cenizas
[y se prenden en llamaradas las uñas
de mis pies todos me miran
todos
todos

y la razón y la razón
en corajudo me levanto, todo huele a tinta
todo es como la sal, quise llorar y la bilis
salió. Los bebés lloraban sangre ajena

la razón
la razón
la razón de acostarse.

Oscar Joel Sánchez Hernández
Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades
Licenciatura en Sociología

Aquí vamos de nuevo

Ya está sonando la alarma, tenía tiempo que no la escuchaba, pero ya terminaron las vacaciones y tengo que volver al aula. A pesar de que asistiré a tercer semestre sigo sintiendo ese nerviosismo, como si fuera de primer ingreso. Sinceramente no le encuentro sentido, pues son los mismos compañeros de los semestres anteriores.

Ya apagué la alarma, son las cuatro de la mañana. Tengo una hora para arreglarme, pero considerando el tiempo para cocinar mi almuerzo y el tiempo que considero necesito para recorrer el camino al camión, me quedan solo veinticinco minutos. Suspiro y, sabrá Dios por qué, me alivia pensar: "al menos ya tengo mi mochila acomodada y eso me da ventaja".

De camino a la parada del camión todo se ve muy oscuro y vacío, sin ningún ser vivo alrededor, casi como si estuviera en un pueblo fantasma. Pero en realidad es lógico, de tan pequeño el pueblo solo diez vamos a la preparatoria, y además de nosotros la mayoría no tiene una razón para levantarse a esta hora.

Llego y ya estamos todos, incluso el señor que maneja el camión, que realmente no sé por qué le digo camión si es una camioneta. Me sentí mal de haber sido la última en llegar, a pesar de haberlo hecho a la hora acordada, pues los demás ya llevaban algunos minutos esperando a que llegara.

Todos ya nos encontramos sentados en nuestro lugar de siempre, solo son uno o dos de nuevo ingreso que buscan ubicarse en algún asiento desocupado. Pareciera

que todas las mamás en el pueblo se hubieran puesto de acuerdo, como si hubieran calculado en qué año debíamos nacer: solo somos de tercero y de primer ingreso, mientras nuestros hermanos mayores ya se encuentran en la universidad. Lo pensé como un chiste, pero al analizarlo con un poco más de determinación, supuse que no era una idea tan descabellada.

Es aproximadamente una hora y media de camino hacia la preparatoria. Mi asiento es el de la esquina que se encuentra hasta atrás, tengo la costumbre de escuchar música con mis audífonos y eso, combinado con mi ubicación en la camioneta, hacen que cada vez me vuelva menos sociable.

Por fin llegamos, ya empezaban a entumirse mis piernas de tanto tiempo estar sentada. Son las seis y media de la mañana, mis clases comienzan a las siete cincuenta, así que todavía falta un buen rato, ¿qué voy a hacer en todo este tiempo? ¡quién sabe! Normalmente haría la tarea, pero es el primer día y no tengo pendientes en qué trabajar.

Una hora y veinte minutos sin hacer nada. Podría estar en mi casa, aseando, lavando mi ropa, cocinando, yendo al mandado; ¡en una hora y veinte podría hacer un millón de cosas! Pero estoy aquí en la preparatoria, sin poder hacer nada porque el pueblo donde vivo está demasiado lejos como para aprovechar el tiempo que tengo. Dejo de pensar, creo que ya fue demasiada meditación por hoy; si sigo avanzando podrían convertirse en pensamientos negativos que afecten mi tan largo día, no puedo ponerme de mal humor.

No me gusta que los nombres de las asignaturas en la preparatoria sean tan extensos, nunca me los aprendo. Primera clase: matemáticas o como sea, entendí lo mínimo para realizar la actividad pero nada extraordinario, métodos de probabilidad y fórmulas con letras que desde la secundaria traicionaron al abecedario y se unieron a las matemáticas solo para hacerlas más complicadas. Lo demás ha sido un poco de lo mismo que los otros semestres; más que comprender busco entregar las cosas y tener una buena calificación, o como suelo decir, "lo que sea para pasar la materia".

Isabella Rosemarie Cardenas Gildo
Escuela Preparatoria Regional de Zapotiltic

Próxima estación

Han dado ya las cinco de la mañana. Un hombre muy viejo va cerrando los ojos, deja caer los brazos sobre sus piernas, mecido por las olas que producen las vías del tren. Llega a su destino y es arrastrado por la corriente humana, ruidosa, inconmovible. Con empujones, llega hasta a la orilla del pasillo y se da cuenta de cómo el mundo lo va anulando. Piensa: "como mudan los caminos, la gente y el habla, mudan las costumbres; y el tiempo anda, marcha, camina, se empuja detrás de sí y los días parecen iguales".

Llega la mañana siguiente, siempre llega la mañana siguiente, y nos demanda participar en algo. Yo como estudiante iba en marcha por la madrugada entre las calles azuladas, con la vista fija en el camino. Ya no perdida, sino inquieta, atrevida, curiosa. Ese día algo me pasaba. Abordé el tren y me puse delante, cerca de la puerta, como quien espera con sus ojos el devenir de los caminos por los que cruza.

Podía ver cómo la gente se desplazaba por las calles, con sus mochilas, a prisa. Todo es apresurado aquí. Están alistados los puestitos desde muy temprano, se espera el camión, se conduce como loco, se camina y se vuelve a caminar: están los pies rascando la tierra desde muy temprano para ahí enterrarse. Me doy cuenta de que muchos van sacudidos por la alegría, por la tristeza; muchos son su último suspiro que ha cobrado forma, el último gran intento por seguir adelante, otros la costumbre personificada arrojada al asfalto como máquina para el vivir.

Miraba dentro del vagón y me preguntaba cómo puede existir la soledad en un lugar donde todo es un mensaje, donde un torrente de información es diluida a nuestros ojos. Van inmersos en el teléfono, como extensión de ellos mismos, como son las piernas y los brazos al cuerpo. Todos de una fisionomía única, con esa ansia en las manos con la que indagan a todas horas, viven al ritmo de los mensajes y notificaciones. Algunos otros meditabundos esperan silenciosos y ese silencio les habla, como es mi caso.

Aquí viene, ya casi llega mi estación. Rechinan las vías, rechinan las puertas, rechinan los dientes… rechinan ya los engranajes de esta gastada sociedad. Somos náufragos urbanos de andar febril por la desesperación de los trenes.

Y en esa orilla, observando los panoramas del amanecer, me pregunto: ¿qué habrá detrás de las grandes edificaciones, al final del mar, detrás del mundo? Nace la humana curiosidad, nace en mí la noción luminosa de caducidad que me grita la transición de la vida. Me convida un pedacito de preocupación por la más incluyente de las cosas: la muerte.

Fernando Emmanuel Cortés Montañez
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Licenciatura en Filosofía

Entre los ecos del ayer

La primavera llega con un viento cálido que me da la bienvenida. Rostros nuevos, temerosos de dar un paso, y sombras listas por atacar. Las clases inician y ellos no están ahí, sus risas ya no resuenan, las butacas son ocupadas por otras personas y los pizarrones enseñan temas diferentes; una nueva sinfonía empieza a sonar.

En la escuela conocí mi alma, aprendí lecciones tanto dulces como amargas. La cantidad de tareas y actividades dejadas fueron un baile de estrés y diversión. Me esforcé en todo, pero aun así fui libre y en el transcurso hice amigas. Había días donde anhelaba clases sin maestros para jugar y platicar con ellas, reír sin parar y decir tonterías sin ser juzgadas.

Todo eso me acogió cálidamente, recuerdos inolvidables que estarán guardados en mi corazón. Las mañanas gélidas nos abrazaban mientras el sol recién se despertaba, la luna se presentaba en la escuela para acurrucarnos unos minutos hasta que el cielo se iluminara por completo. Maestros estrictos con exámenes a la mano, listos para reprobarnos. Aquellos alumnos que jamás vienen salvo en las fiestas son lo que hacen únicas a las escuelas.

Ese drama y presión que existen son lo que hace que nos esforcemos con tal de demostrar de lo que somos capaces. Inseguridad por doquier, amor hasta en el aire y chismes cantados por los pájaros. Traiciones y decepciones de quienes menos esperabas, envidias de personas que tienen todo, e irresponsabilidad de los más inteligentes.

Querer ser amado y apreciado por alguien, la lujuria y locura de amar a alguien que tiene ojos para muchas. Echar culpa a quien no la tiene, enojarse si algo no sale a tu favor, ese egoísmo y rebeldía que nos invade hasta explotar. La melancolía abrazada por amigas y cubiertas por palabras acogedoras, no entender a nadie ni comprenderte a ti mismo.

Al final, caminamos hacia adelante con los ojos vendados, pero a veces queremos girar las manecillas del reloj al sentido contrario para volver hacia atrás y correr hacia nuestro pasado. No podemos, solo nos queda anhelar esos recuerdos que alguna vez brillaron.

En el umbral del futuro, cerramos los ojos y dejamos que el viento nos lleve. La nostalgia se desvanece como la niebla al sol, y nosotros emergemos, renacidos, como una flor que brota de la tierra. El pasado se convierte en un río que fluye hacia el horizonte, y nosotros nos sumergimos con la mirada hacia al frente, listos para navegar por aquellas aguas que nos guían el camino. La incertidumbre se vuelve un faro que nos guía, y nosotros avanzamos con el corazón latiendo al ritmo de la aventura.

Dulce María Morones López
Escuela Preparatoria núm. 22

Escribí una carta

Es un día como cualquier otro en la preparatoria. El profesor de matemáticas nos explica los polígonos y varios están atentos a sus palabras, pero yo me encuentro inquieto. Miro de reojo mi mochila azul con miedo de abrirla, luego mi mirada se dirige hacia la ventana. Ahí los veo. Puedo sentir el frío que me recorre la espalda. Mi palpitación puede escucharse fuertemente, igual que los bolígrafos que mis compañeros cambian al escribir. Sus voces se pierden con cada clic del mío.

Suena el timbre, empezó nuestro receso. Puedo ser testigo de cómo los amigos se reúnen a desayunar juntos, mientras quienes no tienen para esto pasan un buen rato en compañía. En cambio, yo tengo que aislarme. Me dirijo hacia la entrada y camino para retirarme de la escuela, hacia aquel lugar que observé desde la ventana. Al llegar, mi mente no controlaba mi respiración, que se hacía más lenta al acercarme a la camioneta oscura. El señor abordo exigió mi mochila arrancándola de mis manos, y plantó una bolsa ahí dentro. Especificó que regresaba a la salida por su dinero y a pagarme.

Nuevamente regreso a aquel lugar seguro. Recorro los pasillos con mi mochila abrazada y en ningún momento me aparto de ella, nadie debe enterarse o puede pasarme algo. Tal vez me golpeen, o peor, pueden hacerle algo a mi familia; ellos ni siquiera están enterados de lo que me pasa en la escuela.

No puedo estar tranquilo en clases porque tengo que estar pendiente de mi trabajo. Me cuesta mucho

poner atención al tema y no a lo que siento, lo que me preocupa, me aterra. Constantemente mi mirada se dirige a mi mochila. No la abro, me da miedo observar lo que tiene adentro. Esto es mucha presión.

Al sonar el timbre de salida, mi respiración se aceleró. Llegaba el momento de afrontar una cruel verdad por no cumplir mi labor. Siento como si el mundo se encogiera y no tengo dónde recargarme. Mi sudor se vuelve frío y mi estómago está inquieto. No quiero tener más miedo, quiero dejar de sentirme así. Ya no aguanto esta presión, pero no me atrevo a decírselo a alguien, ¿qué debería hacer?

En ese momento supe que debería pedir ayuda, ¿pero dónde encontrar la fuerza para hacerlo? Tomé una hoja y comencé a redactar una carta. No tenía valor para alzar la voz, pero eso no me impide hablar y nadie va a mantenerme callado más tiempo. Ya no quiero esta vida, quiero volver a sentirme seguro. Por eso les dejo esta carta:

> Me dirijo hacia la escuela para comunicarles que últimamente me siento presionado y vivo con miedo por una situación que estoy pasando. Un grupo me obliga a vender sustancias a mis compañeros de la escuela y a terceros fuera de ella. No puedo negarme a hacerlo, pues me preocupa que le puedan hacer algo a mi familia y eso no me deja estar seguro, ¿cómo podría estarlo si tengo que buscar puntos fijos para poder hablar con otros estudiantes o citarlos fuera de la escuela y entregarles mercancía?

Hay ocasiones en las que no solo llegan estudiantes. Me han golpeado y amenazado cuando no les quiero vender. Quisiera poder contárselo a alguien sin temer a lo que me suceda, pues ya estoy harto, no quiero seguir así. Quiero volver a sentirme libre y seguro dentro y fuera de mi escuela. No quiero volver a temer que algo le pase a alguna persona que yo ame. Quiero vivir tranquilamente como lo que soy, un adolescente que desea vivir en un mundo en el que pueda sentirme seguro.

Caminé hacia la secretaría y dirección de la escuela. Al llegar, en el reverso de la carta escribí mis datos y la dejé sujeta a una roca sobre un escritorio, porque solo así estaré más seguro de que alguien va a leerla y podrá escucharme.

Edwin Jared Avalos Rameño
Escuela Preparatoria núm. 13

Detrás de la pantalla

Mi nombre en la pantalla es Alet's, tengo quince años y, hasta hace unos meses, creía que internet era el lugar más seguro del mundo.

Como muchos jóvenes de mi edad, gran parte de mi vida ocurría en las redes sociales. Desde que despertaba revisaba las notificaciones de mi celular. Durante el desayuno veía videos, en los descansos de la escuela respondía mensajes y por las noches podía pasar horas viendo publicaciones. Mis padres siempre me decían que debía despegarme un poco de la pantalla, pero yo pensaba que exageraban.

La verdad es que las redes sociales se habían convertido en mi principal forma de entretenimiento. Ahí hablaba con amigos, seguía a creadores de contenido y comentaba sobre futbol, una de mis mayores pasiones. Mi equipo favorito siempre ha sido las Chivas, así que seguía muchas páginas relacionadas con ese club.

Todo comenzó una tarde cualquiera. Estaba viendo publicaciones sobre un partido cuando recibí una solicitud de amistad de una cuenta llamada "Pasión Rojiblanca". La foto de perfil mostraba a un joven usando una camiseta de las Chivas en el estadio. Parecía alguien de mi edad.

Acepté la solicitud sin pensarlo demasiado. Minutos después, recibí un mensaje.

—¿Qué tal? Veo que también apoyas a las Chivas.

—Claro, desde niño —respondí de inmediato.

La conversación fue normal. Hablamos del equipo, de los jugadores y de los partidos más recientes. Parecía una persona agradable. Durante varios días seguimos intercambiando mensajes y con el tiempo comenzamos a hablar de otras cosas. Me preguntó mi edad, qué estudiaba y cuáles eran mis pasatiempos. No me pareció extraño porque muchos amigos de internet hacían preguntas parecidas. Sin darme cuenta, comencé a confiar en alguien a quien nunca había visto en persona.

Una noche me contó que ganaba dinero por internet. Aquello llamó mi atención.

—¿Cómo lo haces? —pregunté.

—Hay varias formas —respondió—. Yo ayudo a algunas personas y me pagan muy bien.

Como cualquier adolescente, me interesó la idea. Tener dinero propio sonaba atractivo. Pensé en comprar unos tenis nuevos y ahorrar para un celular mejor. Entonces me dijo algo que me hizo sentir incómodo.

—Si quieres, puedo ayudarte a ganar dinero rápido.

Recuerdo que me quedé mirando la pantalla durante varios segundos.

—¿Qué tendría que hacer? —pregunté. La respuesta llegó casi de inmediato.

—Solo enviar algunas fotografías privadas.

Sentí que algo no estaba bien. Intenté cambiar de tema, pero la persona insistió: "no pasa nada", "nadie se enterará", "te pagaré bien".

No respondí durante varios minutos. Mi corazón comenzó a acelerarse, algo dentro de mí me decía que aquello era peligroso.

Al día siguiente decidí ignorar los mensajes, pero la insistencia continuó. Comenzó a escribirme varias veces al día, y luego utilizó otra estrategia: me dijo que muchas personas de mi edad lo hacían, que era algo normal, que no tenía nada de malo. Ahora sé que intentaba manipularme.

Lo peor ocurrió unos días después. Recibí una videollamada inesperada. No contesté. Minutos más tarde llegaron nuevos mensajes. La persona parecía molesta, me exigía responder. Decía que si no cooperaba podría tener problemas. Fue en ese momento que comencé a sentir miedo. Me dispuse a revisar el perfil con más atención, y noté detalles que antes había ignorado.

La cuenta tenía pocas fotografías, la mayoría parecían tomadas de otras páginas. No había publicaciones personales ni tampoco amigos que pudiera identificar. Todo parecía falso. Comprendí que probablemente no estaba hablando con el adolescente que aparecía en la fotografía; podía ser cualquier persona.

Esa noche casi no pude dormir. Pensaba constantemente en los mensajes, imaginaba diferentes escenarios, ¿qué pasaría si obtenían información personal? ¿qué ocurriría si intentaba localizarme? Por primera vez entendí que detrás de una pantalla puede esconderse alguien completamente diferente a quien aparenta ser.

Durante varios días guardé silencio. La vergüenza me impedía contar lo que estaba ocurriendo. Sentía que había sido ingenuo, creía que mis padres se enojarían conmigo. Pero la situación empeoró. Los mensajes continuaron, la persona empezó a presionarme cada vez más. Entonces decidí hablar.

Primero se lo conté a mi hermana mayor. Recuerdo perfectamente su expresión cuando terminó de escucharme.

—Eso es muy serio —me dijo.

Juntos hablamos con mis padres. Yo esperaba un regaño, pero ocurrió algo diferente: me escucharon con atención y después me explicaron que existen personas que utilizan perfiles falsos para acercarse a menores de edad. Me hablaron del *grooming*, una práctica en la que algunos adultos se ganan la confianza de niños y adolescentes para manipularlos o extorsionarlos. También me explicaron que muchas víctimas sienten miedo o vergüenza y por eso no piden ayuda.

Aquella conversación me hizo sentir más tranquilo. Por primera vez comprendí que no estaba solo. Siguiendo las recomendaciones de mis padres, bloqueamos la cuenta y la reportamos. Además, revisamos la configuración de privacidad de todas mis redes sociales. Eliminé información personal que había compartido públicamente y restringí quién podía contactarme, y poco a poco recuperé la tranquilidad. Sin embargo, la experiencia me dejó una enseñanza que jamás olvidaré: entendí que internet no es un lugar peligroso por sí mismo, pero sí puede convertirse en un riesgo cuando confiamos ciegamente en desconocidos.

Meses después, en una actividad escolar sobre seguridad digital, decidí compartir mi experiencia. Al terminar mi exposición varios compañeros se acercaron para contarme historias similares. Algunos habían recibido mensajes sospechosos, otros habían sido víctimas de

intentos de estafa. Me di cuenta de que este problema es más común de lo que imaginamos.

Vivimos en una época donde una pantalla puede conectarnos con el mundo entero, pero también puede ocultar intenciones peligrosas. Por eso aprendí una lección que vale más que cualquier cantidad de dinero. Hoy sigo utilizando redes sociales, sigo viendo videos, hablando con amigos y apoyando a mi equipo favorito. La diferencia es que ahora soy mucho más cuidadoso: antes de aceptar solicitudes reviso quién está detrás de la cuenta, no comparto información personal con personas que no conozco y, si algo me parece extraño, busco ayuda de inmediato.

Nunca debemos olvidar que en internet no todas las personas son quienes dicen ser. A veces, detrás de una simple foto de perfil, puede esconderse una realidad completamente distinta.

Antonio Alexander Iracheta Fuentes
Escuela Preparatoria Regional de San José del Valle

Ayuda, me ayudaron

Pasillos, butacas, lápices,
amigos, amores, desamores.
Juegos, actividades, clases,
trabajo, libros, deberes.
Junté una combinación un poco rara,
pero tomó una forma interesante.

Vuelvo a lo mismo,
siempre lo hago.
Un día lo dejo,
lo prometo y lo juro.
Preparatoria,
trabajo,
preparatoria,
trabajo.
¿Dónde está mi casa?
Es mi guarida,
siempre dormida.
Un día la despertaría,
pero no veo la salida.
Quiero pedir ayuda.

Socorro, socorro, socorro,
nadie oye.
Socorro, socorro, socorro,
nadie responde.
Socorro, socorro, socorro,
no hay quien escuche.

Responde mi eco.
Una pelota,
¿una pelota?
Una pelota roja,
¿una pelota roja?

Una salida,
un motivo,
una amiga,
un amigo.
Vuelvo a ser yo,
o eso creo,
eso me hace sentir,
vuelvo a existir.

La rutina ya no pesa,
¿antes pesaba?
Me hizo que olvidara,
me hizo que amara.
¿Qué amo?
¿Me amo?
¿Quizás la prepa?
¿Quizás a ella?
Tremenda confusión
que me deja en descuido.

Por eso me reprobaron,
me he descuidado,
el sueldo bajaron,
me he olvidado.
Los estudios lo primero,

mamá estaría orgullosa,
quizás yo no.
Quedé destrozada,
no me recuerdo,
la materia pasada.
Ella en mi vida,
ella en mi sueño
Sé que es ella,
ahora lo veo.
En tus ojos lo veo,
una salida,
un motivo,
alguien que me amará,
alguien que yo amo.

Arriba el birrete,
al suelo la toga,
no dejaré de verte.
Construiré mi casa,
mi sueño es invitarte,
mi esfuerzo hecho alma
y no dejaré de amarme.

María Lizbeth Orozco Rojo
Escuela Preparatoria Regional de Tonalá Norte

El lugar de los sueños

El silencio dentro del aula era tan profundo que Elliot podía escuchar su lápiz contra el papel. Los estudiantes escribían en silencio, con libros abiertos, los cuadernos llenos de apuntes y hojas cubiertas de las ecuaciones en el pizarrón. Los números parecían multiplicarse cada vez que apartaba la mirada.

Llevaba más de treinta minutos frente al mismo ejercicio. Eran semanas de exámenes finales y la presión comenzaba a consumirlo, desde hacía años sus calificaciones eran lo único que parecía importar. Su madre exige perfección y él aprendió a obedecer.

Al salir de la escuela una gota de lluvia cayó sobre su frente. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras. Aquella noche, después de estudiar durante horas, las letras comenzaron a mezclarse frente a sus ojos. Su mente, que siempre había sido rápida, comenzó a quedarse vacía.

—¿Y si todo esto no sirve de nada?

Una lágrima cayó sobre sus apuntes. Después otra. La tristeza se convirtió en rabia. Elliot golpeó el escritorio y los libros cayeron al suelo.

Cuando despertó, tenía arena bajo las manos. Frente a él se extendía un océano inmenso y, cerca de la playa, había una pequeña cabaña rodeada de flores. Al llamar a la puerta, un joven de cabello castaño y ojos color caramelo apareció frente a él. Del cuello le colgaba una pequeña gema azul en forma de trébol.

—¿Dónde estoy? —preguntó Elliot.

—¡Bienvenido a Eidra! Un mundo al que llegan las personas que están a punto de perderse a sí mismas.

El joven se llamaba Amaris. Le explicó que Eidra recibía a personas con un gran talento creativo pero que habían olvidado quiénes eran.

—Pero yo no soy un artista —insistió Elliot.

Amaris tomó un antiguo libro negro marcado con un trébol azul. Las páginas mostraron una fotografía de Elliot y sus datos.

—Es el Libro de los Artistas —dijo Amaris—. Si estás aquí, significa que eres uno.

Elliot intentó escapar, pero Eidra parecía no tener salida. Amaris le entregó un cuaderno.

—Dibuja.

—No sé dibujar —replicó Elliot.

—Eso no fue lo que pregunté.

Elliot tomó el lápiz. Primero trazó unas líneas, después aparecieron árboles, hojas, luz y, finalmente, el rostro de Amaris. En aquel momento comenzó a descubrir algo que había olvidado. Había probado la pintura, la música y la escritura, pero fue dibujando que realmente se encontró a sí mismo.

—Yo antes hacía esto…

Amaris sonrió mientras respondía:

—Entonces nunca lo perdiste. Solo lo olvidaste.

Así, Elliot descubrió que podía imaginar lugares que jamás había visitado y convertirlos en imágenes.

Una noche, frente al océano, Amaris preguntó:

—¿Qué piensas cuando estás conmigo?

Elliot observó el mar.

—Que puedo respirar.

Amaris sonrió. Entonces comprendió que se había enamorado de él. Poco después, el Libro de los Artistas volvió a abrirse, indicando que Elliot de verdad era uno de ellos.

Pero Eidra comenzó a desvanecerse mientras Elliot permanecía más tiempo en aquel mundo.

—Tienes que volver —le dijo Amaris.

—No quiero.

Elliot confesó que lo amaba. Amaris guardó silencio unos segundos antes de responder:

—Yo también me enamoré de ti.

Pasaron juntos su última noche frente al mar. Elliot prometió que, al regresar, estudiaría arte.

Antes del amanecer Amaris puso su collar de trébol azul en la mano de Elliot.

—¿Voy a volver?

—No lo sé —suspiró Amaris.

La luz comenzó a envolver a Elliot.

—Te amo.

—Y yo a ti. Vive, Elliot. Por ti, por mí, por nosotros.

—Gracias por encontrarme.

Amaris sonrió.

—Tú fuiste quien se encontró a sí mismo.

✳

Elliot despertó frente a su escritorio. Los libros seguían en el suelo, pero esta vez traía consigo el collar de Amaris en su mano.

Semanas después, cuando su madre regresó, Elliot respiró profundamente: había llegado la hora de defender sus sueños.

—Quiero estudiar arte —soltó de repente una noche durante la cena.

Ella habló de dinero, estabilidad y futuro, pero aquella vez Elliot no bajó la cabeza.

—Toda mi vida intenté ser quien tú querías, pero ahora quiero ser yo quien elija quién voy a ser, quiero encontrarme.

No fue fácil. Elliot cometió errores, tuvo dudas y estuvo a punto de rendirse, pero siempre continuaba. Años después se convirtió en un artista reconocido. En sus pinturas casi siempre aparecían una playa, un bosque, una cabaña y unos ojos color caramelo.

Nunca volvió a Eidra. Al principio buscó una manera de regresar, pero eventualmente dejó de hacerlo. No porque ya no quisiera volver, sino porque comprendió que regresar significaba volver a ser aquel chico que necesitaba escapar. Y ya no era ese chico. Había aprendido a vivir, a crear, a elegir y, sobre todo, a amar.

A veces, cuando terminaba una pintura y se quedaba solo en su estudio, tomaba el collar de Amaris entre sus dedos y cerraba los ojos. Podía imaginar aquella playa, escuchar el océano, recordar la risa de Amaris, sus panqueques, su extraña costumbre de hablar con las plantas y todos aquellos momentos que parecían pertenecer a otra vida. Entonces sonreía.

—Yo, Elliot, siempre te recordaré porque te amo, Amaris —dijo con una pequeña sonrisa, recordando todo lo vivido con él.

Amaris no era una herida que le impedía continuar. Era el recuerdo de quien había sido y de quien había elegido convertirse.

Elliot pasó la vida pintando aquello que había perdido: el mar de Eidra, los cielos que alguna vez lo abrazaron y, siempre, los ojos de Amaris. Porque algunas personas no llegan a nuestra vida para quedarse, llegan para enseñarnos que existe una vida que vale la pena vivir. Y aunque después tengamos que aprender a vivir sin ellas, lo que dejaron en nosotros permanece para siempre. Porque Elliot había perdido a Amaris, pero gracias a él por fin había encontrado su propia vida.

Luz Angélica Hernández Hernández
Escuela Preparatoria núm. 19

El aula que no existe

Grabación 17, 11:43 a. m.
Si alguien encuentra esto, por favor ayúdanos antes de que sea demasiado tarde.

✳

—¿Qué onda, chica? ¿ya lista para el último semestre? —pregunta Caleb, mi mejor amigo desde que éramos niños. Siempre estamos juntos.

—No me digas "chica".

—Bueno, chica. ¿Cómo te fue en tus vacaciones? ¿Ya te reconciliaste con tu padre?

—Ni me lo recuerdes, por favor. Me siento pésimo. Solo más discusiones, y aun más con su nueva esposa. Te lo juro que no la soporto. Delante de él no mata ni una mosca, pero cuando se queda conmigo es como Dolores Umbridge.

—Ugh, entonces sí que fueron unas pésimas vacaciones. Las mías estuvieron regulares, ayudando a mis abuelos.

—Estuvo mejor. Oye, ¿me ayudarías a limpiar el auditorio?

—Claro, es mejor que limpiar bolas de pelo. Te dejo, tengo clase. Nos vemos, chiquilla.

Sigo mi camino hasta el aula, perdida en mi música. En el trayecto me detengo a observar unas ardillas cerca del antiguo teatro, pero sentí una vibra pesada y fría. Ya me esperaba de quién era esa aura, el único maestro al

que le tengo miedo: el Míster. O como a Caleb y a mí nos gusta llamarlo, el Señor de la noche, no solo por la vibra que emana, sino porque viste siempre de negro. De vez en cuando lo vemos con un botecito, no sabemos qué es lo que contiene, pero es obvio que agua no es. Y claro, su llaverito de Batman. Él nota mi presencia y me observa. Me provoca un escalofrío, entonces decido retomar mi camino.

Después de haber terminado mis clases, procedí a buscar a Caleb. Su último mensaje fue a las 2:00 y ya eran las 4:00, así que debía ir hacia la cafetería. Y ahí estaba, comiendo una hamburguesa.

—¿En serio aquí has estado todo este tiempo?

Caleb levantó la mirada y sonrió como si nada.

—Aquí comiendo, ¿dónde más?

—Te estuve buscando por dos horas.

—¡Ay! ¿en serio?, ¿me extrañaste?

—No empieces —respondí, poniendo los ojos en blanco—. Necesito contarte algo que me pasó mientras iba a mi salón.

Cuando mencioné al Señor de la noche Caleb dejó de comer. Su sonrisa se fue desvaneciendo poco a poco. Le conté lo sucedido aquella mañana: la sensación que tuve y, sobre todo, la forma en que el Señor de la noche me había observado.

—¿Qué dijiste?

—El Señor de la noche, así le decimos, ¿recuerdas?

—Sí, pero… ¿lo viste cerca del antiguo teatro?

Asentí. Caleb guardó silencio, como debatiendo entre sus pensamientos durante algunos segundos.

—¿Qué pasa?

—Anneliese, hay algo que no te he contado.

Me incliné hacia él, esperando a que lo dijera, pero solo hubo silencio.

—¿Qué? Dime.

Él mira a su alrededor, asegurándose de que nadie nos escuchara. Después de revisar, se acerca un poco más.

—Hace unos meses encontré algo en la biblioteca: un periódico viejo. Hablaba de dos estudiantes que desaparecieron sin dejar rastro hace dos años. Le tomé una foto, era bastante extraño. Además, cuando estaba por preguntar, llegó el Señor de la noche y me lo arrebató antes de que pudiera decir algo. Me dijo: "no estés husmeando en lo que no te incumbe" y se fue, así sin más. Ahora cada vez que estoy cerca de ahí me mira bastante feo. Algo sabe, estoy seguro, ¿no te parece extraño?

Antes de responder solo sentí un escalofrío. El Señor de la noche ya es bastante raro y misterioso, pero lo que hizo es todavía más raro, ¿por qué haría eso? No hay algún motivo para que lo hiciera.

—Tienes razón, es extraño. Muéstrame la imagen.

Caleb me enseñó una foto de un periódico claramente viejo y polvoriento, con manchas de humedad. La fecha decía 2022. Lo que de verdad impactaba era el título: "Estudiantes desaparecen dentro de las instalaciones escolares". La fotografía había sido tomada en el antiguo teatro. Las chicas eran lindas; una de ellas era rizada y la otra tenía el cabello lacio hasta los hombros. Se alcanzaba a ver que sostenían algo en las manos, pero una mancha de humedad impedía distinguir qué era.

—Oye, ¿crees que sus almas estén ahí atrapadas? Dicen que se escuchan voces de dos chicas pidiendo

ayuda, ¿y si se nos aparecen sus espíritus y nos raptan al más allá?

—Calla, Caleb. Sabes bien que no existen tales cosas.

—Bueno, por cierto, ¿por qué limpiarás tú el auditorio?

—Pidieron ayuda, me ofrecí como voluntaria y me dijeron que seleccionara a otro alumno para que me ayudara, ¿y quién mejor que mi mejor amigo?

—No pues gracias, supongo. No limpio mi habitación, pero sí debo limpiar aquí.

—Vamos, que es algo de trabajo.

✳

Al llegar auditorio decidimos empezar por los estantes. Moviendo las cosas, noté una perilla detrás de uno de ellos.

—Oye, Caleb, ven a ver esto.

Caleb se acerca y mira detenidamente. Sin esperar más, mueve el estante y gira la perilla. Nos encontramos con un salón sin iluminación. Le hago una seña a Caleb para que vaya al otro lado del salón, mientras voy alumbrando con mi linterna.

Había periódicos tirados, en una butaca había una cinta ya usada, y dos paños morados. Me parecieron familiares, pero no lograba recordar por qué. Les tomé una foto.

—¡Anneliese! —gritó Caleb.

—¿Qué pasa? ¿Qué encontraste?

Mientras me acercaba, mis ojos no podían creer lo que veían: un pizarrón lleno con fotos de las chicas de

antes, encerradas en círculos rojos. Pero eso no era lo escalofriante, si no que en la parte superior decía en mayúsculas: "ALTO PELIGRO, ELIMINAR LO ANTES POSIBLE". ¿Qué era todo esto?

Giré hacia mi izquierda, hacia unas carpetas y casetes. Caleb se adelantó, puso los casetes en una grabadora que estaba justo en la mesa. Mientras tanto, yo tomé los expedientes.

Fui ojeando uno por uno, pero solo veía recibos. En la tercera carpeta me topé con los expedientes de las chicas: Paulette Silva y Sara Pérez. Ambas eran estudiantes de aquí, al parecer tenían calificaciones sobresalientes y participaban en muchos concursos. En una hoja venía una fotografía de ellas con el premio Alzando voces. Tomé una foto de esto también. Al mismo tiempo, comenzó a sonar la grabadora.

> Grabación 16, 12:00 p. m.
> Nos encontramos en el aula 33. Hemos descubierto malversación de fondos pero no solo eso, también evasión de impuestos junto con documentos que muestran la negligencia de tres personas, dos de ellas mujeres. Lamentablemente, necesitamos más pruebas. Hasta aquí, Pau y Sara.
>
> Grabación 17, 11:43 a. m.
> Si alguien encuentra esto, por favor ayúdanos antes de que sea demasiado tarde.
>
> Grabación 18, 10:00 p. m.

Por favor, si alguien encuentra esto, tome las evidencias y diga la verdad ante la asamblea por el aniversario de la escuela, revele a… ¡cuidado!

La grabación se corta de golpe. Un ruido detrás de nosotros nos hace voltear. La puerta se cierra con un golpe seco, Caleb y yo nos quedamos inmóviles.

—Anneliese… —susurró él con la voz apenas audible—. Dime que tú también escuchaste eso.

No le respondo porque, en ese instante, siento a alguien detrás de mí: frío, con una respiración lenta y muy cerca. Cuando me giro, todo se torna negro. No hay sonido, no hay luz, no hay aire, no hay suelo; solo una oscuridad espesa que me envuelve por completo, como si algo me hubiera tragado viva. Intento moverme, pero mi cuerpo no responde. Quiero gritar, pero mi voz no sale. Siento un peso en el pecho, como si una mano invisible me estuviera aplastando el alma. Entonces escucho algo. Un susurro, muy cerca.

—No debiste abrirlo… Ya casi nos encuentran… No dejen que él vea…

De pronto un golpe seco retumba; después otro y otro más. Parecía que alguien estuviera golpeando una puerta, o incluso disparos. Tal vez era mi propia cabeza. Aquella oscuridad comienza a agrietarse en pequeñas líneas de luz. Entre ellas empiezo a distinguir fragmentos: el pizarrón lleno de fotos, los casetes, expedientes, los paños morados… todo girando a mi alrededor, como si estuviera atrapada en una pesadilla.

Entonces lo veo. Una silueta alta, inmóvil, al otro lado de la oscuridad. Lleva ropa negra; su presencia es

tan fría que me hace temblar, aunque no pueda moverme. No puedo distinguir su rostro, pero sé perfectamente quién es: el Señor de la noche.

No dice nada. Solo alza lentamente la mano, como si quisiera callarme, como si ya supiera que vi demasiado. Escucho una voz clara, profunda y aterradora. Entonces me doy cuenta del cuerpo que yace a un lado de él, es Caleb…

—¡¿Qué le hiciste?! —apenas pude susurrar. Mi mejor amigo de la vida está herido por mi culpa.

—Te advertí que no husmearas.

Un escalofrío me recorre entera. Quiero retroceder, pero no puedo. Se sigue acercando hasta que siento que está frente a mí. La oscuridad aprieta más fuerte, la voz de Caleb se escucha desesperada.

—Corre, Anneliese, ¡corre! —dijo en un lamento.

Yo ya estaba llorando. Comencé a forcejear y tratar de gritar por ayuda, pero era inútil. Él… él ya había muerto…

Entonces todo desapareció de golpe. Abrí los ojos; estaba sentada en mi butaca. La luz blanca del aula me cegó por un momento. Parpadeé varias veces, tratando de entender.

—Señorita Palafox, ¿ya terminó su sueño reparador o quiere más tiempo?

—Ah, no, no —dije titubeando.

✳

Más tarde me encontré con Axel, quien ya me estaba esperando. Le conté el sueño que tuve en clase de inglés.

—Y por eso no debes de dormir tarde, y mucho menos viendo tus series de crímenes, Charlotte —dijo.

—Sí, lo sé, ya aprendí la lección.

Allison Mayte Jiménez Palafox
Preparatoria Regional de San Martín Hidalgo

Cinco minutos antes

El despertador sonó cuando todavía era de noche. Lo apagué antes de que sonara por segunda vez y me quedé mirando el techo. Pensé en volver a dormir. Cinco minutos más, quizá. Cerré los ojos, pero entonces imaginé el camión alejándose de la parada y supe que ya no podía. Me levanté, me cambié en silencio, tomé la mochila y revisé que llevara la libreta. En la cocina había una taza sobre la mesa. La miré, pero no tenía tiempo para preparar nada. Salí de casa y cerré la puerta despacio.

A esa hora el pueblo parecía otro. Las calles estaban vacías y las casas permanecían oscuras. Caminé hasta la parada con las manos en los bolsillos. Hacía frío. Había tres personas esperando: una señora con uniforme, un hombre que miraba su teléfono y un muchacho con una mochila enorme. Nadie hablaba. Todos mirábamos hacia el mismo lugar.

El camión tardó cuarenta minutos. Cuando apareció, la señora levantó la mano. El camión frenó frente a nosotros y las puertas se abrieron con un golpe seco. Subimos como pudimos, ya venía lleno. Me quedé de pie junto a la puerta, una hora de camino. Al principio intenté leer. Saqué la libreta y abrí una página que había dejado marcada, pero las letras comenzaron a moverse con cada vuelta del camión. Después de unos minutos guardé la libreta y miré por la ventana.

Primero aparecieron las calles que conocía. Después las carreteras. Poco a poco el pueblo fue quedando atrás y los edificios comenzaron a crecer frente a mí.

Cada mañana hacía el mismo recorrido, cada mañana parecía más largo.

Cuando llegué a la universidad faltaban cinco minutos para la clase. Siempre cinco. Entré al salón mientras algunos compañeros todavía acomodaban sus cosas.

—¿Otra vez corriendo? —me preguntó Daniel.

—No. Cinco minutos antes.

Se rió.

—Eso dices porque nunca llegas tarde.

Sonreí y me senté. El profesor entró poco después. La clase comenzó. Saqué la libreta, escribí la fecha y el título. Intenté concentrarme en lo que decía el profe. Hablaba sobre los planes que podíamos hacer después de terminar la carrera, sobre las oportunidades que encontraríamos y sobre todo aquello que todavía podíamos construir. Escribí algunas palabras. Después dejé de hacerlo. Sentí que mis ojos comenzaban a cerrarse. Los abrí. El profesor seguía hablando. Los cerré otra vez, solo un segundo.

—¿Todo bien?

Abrí los ojos de golpe. El profesor me estaba mirando.

—Sí, profe.

—¿Seguro?

Asentí.

—Solo estoy cansado —hubo un silencio breve.

—Pues échale ganas —dijo. Volvió al pizarrón.

Yo miré mi libreta. La fecha, el título y tres palabras. Nada más. No era la primera vez.

Al terminar la clase, Daniel se acercó.

—¿No dormiste? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuánto?

Pensé la respuesta.

—Lo suficiente.

Me miró como si supiera que estaba mintiendo, pero no insistió. Salimos juntos al pasillo. Había estudiantes comprando comida, platicando, riéndose. Algunos discutían sobre una tarea. Otros ya estaban pensando en qué hacer después de clases. Daniel señaló la cafetería.

—¿Vamos?

Sentí las monedas que llevaba en el bolsillo. Las conté sin sacarlas.

—Al rato —respondí.

—¿Seguro?

—Sí.

Él se encogió de hombros y se fue con los demás. Yo me quedé unos segundos mirando cómo entraban a la cafetería. Después guardé las manos en los bolsillos y regresé al salón.

En la siguiente clase volví a luchar contra el sueño. A veces pensaba que mi cuerpo tenía su propio horario, no importaba cuánto intentara convencerlo de que todavía faltaban clases. Cuando llegaba cierta hora, simplemente dejaba de escucharme.

El profesor hablaba, el salón estaba caliente y su voz se volvía cada vez más lejana. Miré el reloj. Todavía faltaba. Al mediodía ya tenía hambre. No era una sensación nueva. Había aprendido a reconocerla, a ignorarla, a guardarla para después. Revisé las monedas otra vez y las volví a guardar. Aún tenía que regresar.

Cuando terminó la última clase, todos comenzaron a levantarse.

—¿Te quedas? —preguntó Daniel.

—No puedo.

—¿Por?

Me puse la mochila.

—Trabajo.

Daniel se quedó callado.

—Ah, solo eso.

Ah. Como si esa palabra pudiera explicar por qué nunca podía quedarme, por qué siempre tenía prisa, por qué desaparecía justo cuando los demás comenzaban a pensar en la tarde.

—Nos vemos mañana —dijo.

Salí de la universidad. El camión de regreso tardó menos. Subí y esta vez encontré un asiento junto a la ventana. Me dormí, no recuerdo en qué momento, tampoco cuánto tiempo. Me desperté cuando el camión frenó de golpe. Afuera ya estaba oscureciendo. Bajé. No fui a casa, fui directo al trabajo. Durante las siguientes horas no pensé en la universidad. No pensé en el profesor, ni en Daniel, ni en la libreta. Solo hice lo que tenía que hacer.

Cuando terminé era tarde. Muy tarde. Regresé a casa con las piernas pesadas y los ojos ardiendo. Dejé la mochila sobre una silla y me quedé parado frente a ella. Recordé la libreta. La saqué y la abrí en la página de la mañana. Seguían ahí la fecha, el título y las tres palabras.

Tomé una pluma. Intenté continuar pero no pude. Cerré la libreta. Comí algo, me bañé y preparé la mochila para el día siguiente. Antes de acostarme puse la alarma.

Miré el reloj. Quedaban pocas horas. Me acosté. El techo volvió a aparecer frente a mí. Pensé en la pregunta del profesor, "¿todo bien?". Por un momento imaginé responderle que no, que estaba cansado. Que llevaba semanas sintiendo que los días se me estaban juntando. Que a veces llegaba a la universidad sin recordar exactamente cómo había llegado. Que había clases en las que quería aprender, pero el sueño era más fuerte. Que había momentos en los que me preguntaba cuánto tiempo podía seguir haciendo lo mismo. Pero no dije nada. Ni siquiera lo dije en mi cabeza. Cerré los ojos.

La alarma sonó. Todavía era de noche. La apagué antes de que sonara por segunda vez. Me quedé mirando el techo. Pensé en volver a dormir. Cinco minutos más. Entonces me levanté. Me cambié. Tomé la mochila. Salí de casa.

En la parada había tres personas esperando. Una señora con uniforme. Un hombre que miraba su teléfono. Un muchacho con una mochila enorme. Nadie hablaba. Todos mirábamos hacia el mismo lugar. El camión tardó cuarenta minutos. Cuando finalmente apareció, la señora levantó la mano. El camión frenó. Subimos. Una hora después, bajé frente a la universidad. Miré la hora. Faltaban cinco minutos. Siempre cinco.

Juan Diego Sánchez Silva
Centro Universitario de Lagos de Moreno
Licenciatura en Humanidades

Bitácora de un alumno más

No es solo el lugar, es el tiempo girando,
un bucle constante de sombra y de luz,
la vida que avanza mientras vamos sumando
el peso del alba y el rugir del autobús.

La bruma aún abraza el muro de concreto,
el sol apenas roza la entrada de las aulas.
Se escuchan a lo lejos unos pasos discretos,
y el frío de la aurora se cuela en las espaldas.

Asciende el vaporoso aliento en el aire
y resuenan los pasillos que despiertan despacio,
el lienzo de la mañana abre su despliegue
mientras la prisa joven habita ya el espacio.

Se abren los cuadernos con hojas aún en blanco
y el chasquido del plumón da inicio a la jornada,
mientras alguien busca sitio libre cerca del banco,
con la mente despierta y la voz habitada.

La luz va subiendo por el ventanal,
las horas de clase van cediendo el paso.
La voz del maestro da el cierre habitual
y el aula se abre hacia el aire del patio.

Sobre el pasto verde se rinde el cansancio,
las mochilas pesadas se vuelven almohada,
se discurre la vida en este libre espacio
donde la buena charla detiene la mirada.

Reímos a medias compartiendo el almuerzo
curando las dudas con la misma fe.
Se arregla la vida entre verso y verso
y el calor constante de un segundo café.

Alguien trae la copia que faltaba en el grupo,
otro rescata el dato grabado en la memoria,
en la fuerte amistad que el tiempo nos compuso
vamos escribiendo una misma gran historia.

Se estiran las sombras al caer la tarde,
la luz del almuerzo se apaga despacio
y el último horario despierta y convoca
a retomar el aula, la banca y el espacio.

El crepúsculo baña los altos ventanales
y un tono cobrizo tiñe el polvo en el aire,
la luz se va extinguiendo sobre los cristales
y el aula cansada comienza a vaciarse.

Encendidas las luces sobre los senderos
la noche sobre el campus nos ofrece su magia.
Caminamos en grupo los viejos compañeros
sintiendo en el alma una dulce nostalgia.

El camión nos aguarda al final de la vía,
se va quedando atrás el campus en silencio;
llevamos el cansancio de la mente encendida
y la paz del trayecto que nos lleva a casa.

Cruzamos la puerta dejando la calle,
el ruido del tráfico empieza a ceder;
se apaga la luz del trayecto nocturno
y la mesa de trabajo nos vuelve a acoger.

Entrada la madrugada, la mesa es un desastre,
el brillo del monitor nos quema la mirada,
la aguja de la pared avanza sin alarde
y la sombra del cuarto se queda congelada.

Planos, esquemas, libros abiertos en el suelo,
el parpadeo cansado que busca la salida.
Se mide el esfuerzo contra el brutal desvelo
en esta batalla en silencio combatida.

Falta la última cifra, la línea exacta y clara.
El pulso no tiembla ante el límite impuesto,
la noche nos reta con su faz más amarga,
pero la voluntad le sostiene el arresto.

Un clic decisivo. Concluye la jornada.
El archivo se envía cuando el cielo clarea;
cae la tensión acumulada en la almohada
y la mente descansa tras cumplir la tarea.

Y mientras el sueño nos vence en la cama,
afuera en el patio la bruma se va,
despierta a lo lejos la misma mañana
y el ciclo del campus empieza una vez más.

Juan Pablo Bautista Gabriel
Escuela Preparatoria de Tonalá
"Dra. Ruth Padilla Muñoz"

Cae mar en el fuego

Cae mar en el fuego, ahora el vacío es el que quema.

Camino entre pasillos nuevos
y lo que más me atormenta
son sus voces, el escrúpulo
que toca a muchos,
la insensibilidad, el poco tacto
de un alma a otra alma.

Es la pérdida. El silencio
que no suelta. El vacío
de sentirla. Tan enamorada,
tan agrietada. Tan esperanzadora,
tan sola, tan rota, tan aislada.

El camión arranca,
el motor advierte.
Su chillido se ha vuelto
un privilegio.
Sentir paz se ha vuelto
un privilegio.
Estudiar siempre ha sido
un privilegio: privilegio de origen, de clase,
de piel, de lugar, de género.
Ellos me llaman, no por mi nombre.
Me atan, me desfiguran,
me tuercen a su antojo.

Escucho el plato de barro romperse,
la vaca herida por el alambre,
el cerdo cayendo al pozo,
el maíz comido por los zanates,
la silueta del miedo por la noche.

Dónde queda mi querida alma,
mi querido sentir.

Cuántas veces ya salté al mar
por huir de él.
Y ahora me quedo en la orilla,
esperando que me haga suya,
esperando, esperando,
esperando
tal vez
morir.

Qué desespero
querer que se escuchen mis gritos,
incomodar al quieto,
al opulento,
al cómodo en sus privilegios.
A quien no cuestiona,
a quien no recuerda,
a quien no escucha.

Quiero volver a encontrarme,
a sentirme,
a sentir al mundo y a su gente.
Dejar de perderme, laberinto
que alimenta mi angustia:
por no saber quién soy,
o a dónde es que voy.

Samantha Guadalupe Meza Altamirano
Centro Universitario de Tonalá
Licenciatura en Contaduría Pública

Luminiscencias es el resultado del Concurso Estatal de Cuento y Poesía organizado por "Voces más allá del aula", proyecto impulsado por la Secretaría de Educación y Formación Continua de la Federación Estudiantil Universitaria para el fomento a la lectura y la creación literaria. Este proyecto nace de la convicción de que toda expresión merece un espacio para pronunciarse en libertad: sus páginas dan morada a voces que encuentran en la literatura un lugar para hacerlo. Porque a veces basta una pequeña luz para descubrir que no estamos solos y que, cuando nuestras historias se comparten, podemos hacer de las palabras un refugio y de la literatura una oportunidad para hacer comunidad.

Este libro es un símbolo de la pasión y la fortaleza de miles de estudiantes que, día a día, elegimos la Universidad para hermanar nuestros sueños. *Luminiscencias* es un recordatorio de que siempre hay algo que se ilumina cuando nos atrevemos a compartir nuestra voz.

VOCES MÁS ALLÁ DEL AULA

SEMS Sistema de Educación Media Superior

FEU

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA